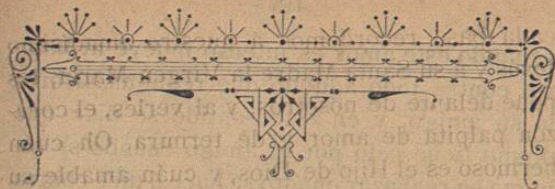


cada paso recordemos á nuestro amadísimo Jesús y á su Santa Madre la Virgen María; les pone delante de nosotros, y al verles, el corazón palpita de amor y de ternura. Oh cuán hermoso es el Hijo de Dios, y cuán amable su Madre divina! Así exclamamos llenos de entusiasmo, y se nos escapa del fondo del pecho un suspiro de amor. Nuestro Hermano, nuestra Madre .. ¡qué nombres tan dulces! En Jesús y María hállase todo nuestro amor, y pensamos en uno y en otra con una suavidad incomparable y llena de delicias; adoramos al Hijo de Dios y bendecimos á su santa Madre, y les hablamos con filial confianza; les exponemos nuestras aficciones; pedimos al Hijo su gracia por medio de María, y á esta dulce Madre su santa protección; y á uno y á otra dirigimos también dardos de abrasado amor, y las más delicadas expresiones de santa caridad.

Si queremos, pues, adelantar en el camino de la virtud, procuremos andar continuamente en la presencia del Señor.



CAPÍTULO XXXII

EL CELO

HABLANDO acerca del celo el Angélico Doctor, dice lo siguiente: Bajo cualquier aspecto que consideremos el celo veremos que éste proviene de la intensidad del amor; porque es manifiesto que cuanto una potencia se dirige á algún objeto con mayor intensidad, también con fuerza mayor repele todo lo contrario ó repugnante; y como el amor es cierto movimiento hacia el amado, aspira á excluir todo lo que á éste repugna. Esto acontece de un modo en el amor de concupiscencia, y de otro en el de amistad; pues en el primero el que desea intensamente alguna cosa, se mueve contra todo lo que le impide el conseguirla ó gozarla pacíficamente.

El amor de amistad anhela el bien del amigo,

y cuando este amor es intenso mueve al hombre contra todo aquello que repugna al bien de su amigo; y en este sentido se dice que alguno tiene celo por el amigo cuando se esfuerza en rechazar cuanto se hace ó dice contra el bien de este mismo. Así también se dice que alguno tiene celo por Dios cuando rechaza en todo lo posible lo contrario al honor ó voluntad del Señor, según estas palabras: Me abraso en celo por el Señor Dios de los ejércitos.—El celo de vuestra casa me devora (1). Es devorado por el celo de Dios quien se esfuerza por corregir todos los males que ve, y si esto no puede, los tolera y gime (2).

Sublime, hermosísimo y robustecido con una fuerza prodigiosa, se nos presenta el celo dispuesto á emprenderlo todo por la gloria de Dios Nuestro Señor con una actividad que nunca se fatiga, pensando siempre en su amado y trabajando sin descanso por su gloria.—Sublime y hermosísimo es el celo, porque se eleva hasta el Señor y resplandece con todos los encantos de la caridad.—Su fuerza es admirable; lo anima y sostiene la virtud de Dios.—¡Quién intentará detenerlo en sus empresas cuando el Señor lo acompaña en todas ellas! El celo es sufrido, dulce y bienhechor; no tiene envidia; no obra precipitada ni temerariamente; la soberbia le es desconocida; no es ambicioso ni

(1) III Reg. XIX, 14—Joann., II, 17.

(2) 1-11, Q. XXVIII, a. IV.

busca sus propios intereses, sino los de Dios; no se irrita ni piensa mal de nadie; no se alegra de la injusticia, mas si se complace en la verdad. Á todo se acomoda, todo lo cree, todo lo espera y todo lo sufre, nunca fenece. Del celo podemos decir estas palabras del Apóstol: Sé vivir en la pobreza y en la abundancia; todo lo he probado y estoy impuesto á todo: á estar satisfecho y á sufrir hambre; á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puedo en Aquel que me conforta (1).

Consideremos el celo en sus relaciones con Dios Nuestro Señor, con el prójimo y con nosotros.

El celo impone un doble trabajo: alejar del amado todo mal; procurar para él todo bien. Respecto de Dios Nuestro Señor, sabemos que el pecado le ofende, que le es enteramente contrario; Su Majestad lo aborrece con un odio infinito. ¿Cuáles, pues, serán los deberes que sobre el particular tiene que imponernos el celo que por Dios tenemos? Trabajar por destruir el reino del pecado. Para esto vino al mundo el Hijo de Dios, aquel altísimo Señor de quien estaba escrito: Me devoró el celo de tu casa, y las injurias que contra tí se hacían recayeron sobre mí (2).—El Hijo de Dios apareció en el mundo para deshacer las obras del diablo. Á estas palabras añade San Juan: Todo aquel que nació

(1) Phillip. 12, 13.

(2) Ps. LXVIII, 10.

de Dios, no hace pecado, porque la semilla de Dios mora en él y no puede pecar porque es hijo de Dios; en esto se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo. Todo aquel que no practica la justicia no es hijo de Dios (1).

Dios es el sumo Bien, y no podemos darle bien alguno que no tenga en sí mismo, pues nada puede faltar al que es infinitamente perfecto; sin embargo de esto, Él debe ser conocido y amado de nosotros; á Él le corresponden todo honor y gloria, adoración suprema y toda nuestra obediencia; y como podemos abusar de la libertad que se dignó concedernos, tiene el celo que ocuparse en restablecer en el mundo el reino soberano del Señor, haciendo que reine la justicia, la paz; en una palabra, la soberana voluntad de Dios Nuestro Señor.

El celo para cumplir sus deberes ha de acomodarse al estado que presenten en el mundo los intereses de la divina gloria; por esto á veces lo vemos que trabaja con una actividad infatigable, ó bien espera que llegue el tiempo conveniente para alcanzar el resultado más favorable á sus designios. Lo vemos unas veces que, lleno de tristeza, suspira y gime con dolor profundo; mas otras nos revela un gozo inexplicable y entona á la gloria divina cantos dulcísimos de amor y de alabanza. También lo vemos rogar con ardiente plegaria en medio de sus grandes penas, y poner su confianza en el

(1) I Ep. III, 8-10.

Señor. Ya se reviste de una fortaleza incontrastable y acomete las más arduas empresas, ó bien desiste de lo que ha emprendido, y amoroso y humilde se rinde á los designios del Altísimo, á quien trata de agradar en todas sus acciones. Siempre dispuesto á seguir la inspiración divina, no se detiene un instante en darle cumplimiento. Lo agita, por decirlo así, lo estimula el amor, ni se halla contento en un perezoso descanso. *Mens agitat mihi, nec placida contenta quiete est* (1), pudiera decir con el poeta latino; ó bien siéntese desfallecer á la violencia del fuego que le abrasa: Sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos, y desfallecía, no teniendo fuerzas para aguantarlo (2). Así se expresaba Jeremías.

Dios es ofendido. El celo tiene que reparar los grandes males que causa el pecado á la divina gloria; ¿cómo lo ha de hacer? Llorando inconsolable las ofensas del Señor, y para esto pone delante de nosotros la majestad y la grandeza del Eterno, su bondad amabilísima, cuanto el mundo le debe, y todos los beneficios que cada uno de nosotros ha recibido de Dios Nuestro Señor.

Al pensar en lo que el celo acaba de mostrarnos, el corazón tendrá que sumergirse en un océano de amargura; quedaremos envueltos en

(1) A. *Envid.* Lib. IX.

(2) XX, 9.

la más profunda tristeza. ¡Extendemos nuestra vista por el mundo, y en todas partes hay dolor! Nuestro Dios amadísimo, el que es inagotable fuente de bondad, á quien tanto debe el mundo, á quien tanto debemos nosotros, es desconocido, es injuriado, y los impíos blasfeman de su santo nombre. Derraman nuestros ojos el más amargo llanto y el corazón se despedaza de dolor; ¿cómo impedir tantos pecados, ó qué haremos á fin de acallar esas blasfemias? Señor, decimos entonces á nuestro eterno y soberano Dios, no tenemos sino un corazón que consagraros; él es enteramente vuestro; os amamos con todos sus afectos. Nuestros labios se abren para bendeciros, para glorificar vuestro nombre divino. Á Vos corresponden honor y gloria, y las bendiciones de todas las criaturas. Sois nuestro excelso y soberano Dios, y nunca nuestra lengua dejará de bendeciros. En la fidelidad de nuestro amor, en nuestras humildes y tiernas alabanzas, queremos ahogar todos los pecados y todas las blasfemias con que sois ofendido. Que reine en el mundo vuestro nombre; que venga á nosotros vuestro reino, y vuestra santa y adorable voluntad cúmplase en el cielo y en la tierra.

Inspíranos el celo trabajar sin descanso por la gloria del Señor; comencemos por nosotros mismos, llorando nuestras pasadas culpas y evitándolas en adelante. Presentemos á Dios el corazón como una hostia viva, santa y agradable á sus divinos ojos, y purifiquémonos de to-

das las manchas de la carne y del espíritu; si llevamos una conducta desarreglada, si no tratamos de enmendarnos, ¿serán sinceras las lágrimas que hemos derramado al pensar en las injurias que hacen á Dios los pecadores, y los ultrajes que recibe su divina gloria? Aquellas lágrimas querían unirnos al Señor, mas nuestra conducta nos tenía de parte de los pecadores. Trabajemos, por lo mismo, con todo empeño en nuestra santificación, y no se nos diga que si con las palabras honramos al Señor, nuestro corazón está lejos de Su Majestad.

Si somos justos, el celo se acerca á nosotros para decirnos estas palabras: El que es justo justifíquese más y más, y el que es santo trabaje sin descanso en aumentar su santidad (1).

La eterna salud es para nosotros un importantísimo negocio en que debemos ocuparnos como lo único necesario que tenemos que arreglar en esta vida; mas en esto mismo veamos lo que el celo nos inspira, elevando nuestros pensamientos hasta el mismo Dios. Si somos santos, trabajaremos útilmente por la divina gloria; y ¿puede haber un motivo más excelente y perfecto que el que nos incline á caminar por las sendas de la santidad, como la gloria de Dios Nuestro Señor? Si por desgracia vemos con indiferencia nuestra salvación eterna, reflexionemos que no se trata solamente de nosotros, sino también y principalmente de la gloria de Dios.

(1) Apoc. XX, 11.

ría de ese Padre dulcísimo y amable sobre toda expresión; dejemos como en el olvido nuestro propio interés y pongamos la mira en Dios Nuestro Señor; que Él sea honrado y glorificado con nuestras virtudes y en la eterna salvación de nuestras almas; que revele nuestro amor su generosidad y su nobleza, y manifieste que, si puede olvidarse de sí mismo y tener en poco sus propios intereses, jamás se olvidará de Dios ni será indiferente á la divina gloria. ¡Oh, es esta vida tan pura y hermosa, tan santa y amable, que tiene que llevar en pos de sí todo nuestro afecto!

Algunas veces el celo que tenemos por la causa de Dios nos llena de dulcísimos consuelos y hácenos llorar con un gozo inefable. Dios es conocido en la Judea, decía David, y es grande su nombre en Israel... El hombre, oh Señor, que en esto medite, te colmará de alabanzas y celebrará fiestas en tu honor (1). Es entonces el tiempo en que también se nos diga: Gozaos en el Señor; una y otra vez gozaos siempre en el Señor (2). ¡Qué momentos tan llenos de consuelo aquellos en que el hijo se alegra por la gloria de su Padre; qué delicias tan santas! El Sér más amable, nuestro Dios santísimo, es conocido y glorificado de los hombres... Esta es nuestra dicha, y al verla cumplida aquí en la tierra, elevamos hasta Dios nuestros can-

(1) Ps. LXXV, 2-11.

(2) Phillip. IV, 4.

tos de amor y de alabanza, de acción de gracias, de bendición y gloria. Que viva y reine en todo el universo y su santo nombre sea glorificado para siempre.

II

En trabajar por la gloria del Señor es en lo que todos debemos ocuparnos; mas ¿cómo pudiéramos hacerlo sin estar animados del verdadero espíritu del celo, de ese celo que trata de abrasar y consumir con sus ardientes llamas cuanto toca? Él es, en efecto, un fuego abrasador, activo, infatigable y generoso; no cede á las dificultades, no teme á los peligros y son nada para él los mayores sacrificios, y tiene su gloria en morir por su amado. Sucede, sin embargo, no pocas veces, que llega á ser inútil y aun nocivo á la causa á que está consagrado, y á fin de evitar semejante desgracia es indispensable saber cuáles son las condiciones que deben adornarle; estas son las siguientes, según dice San Bernardo: *el fervor, la ciencia y la constancia*; la caridad inflame tu celo, dice el santo Doctor, infórmelo la ciencia y sosténgalo la constancia; sea fervoroso, circunspecto é invencible (1). Tratemos de cada una de estas condiciones.

(1) Serm. XX In Cant.

Nuestro celo debe ser fervoroso; el fervor es toda su fuerza; si ésta disminuye ó llega á desaparecer enteramente, ¿podremos esperar que el celo produzca grandes obras por la gloria de Dios? Tal esperanza sería una necedad. Preciso es, por lo mismo, hacer cuanto esté de nuestra parte á fin de conservar y aumentar en el alma el fervor de la santa caridad, y para esto nos es indispensable meditar con muchísima frecuencia en los grandes motivos que tenemos para trabajar sin descanso por nuestro Dios querido. Ocupémonos en esto.

Dios Nuestro Señor, siendo como es una perfección absoluta y una bondad infinita, debe ser bendecido y adorado, porque así lo exige la misma excelencia de su Sér; así lo piden la justicia y aun el buen sentido. Se alaba y se bendice lo perfecto y amable, y la inteligencia y el corazón tienen que rendirse á lo que es excelentísimo y bueno por su esencia.

Dios es el origen de todos nuestros bienes, y éstos proceden de su seno por un efecto de su buena voluntad, con un amor que nos es incomprendible. Amabilísimo en sí mismo, Dios cautiva todo nuestro afecto; colmándonos de inmensos bienes obliga nuestra gratitud. Tenemos que amarle por sí mismo y además por todas sus misericordias, y nuestro amor no ha de ser un estéril afecto, un fuego que oculto llevemos en el alma; tiene que descubrirse y revelarse al mundo entero. Estas manifestaciones se hallan en la misma naturaleza del amor,

que siempre desea para su amado el afecto de todos. Le ama, mas esto no le basta; le bendice y adora, mas quiere también que todos hagan lo mismo. Ese amor es un fuego que trata de extenderse y busca á cada instante nuevo pábulo á sus ardientes llamas. Da á conocer á su amado y habla de sus perfecciones y atractivos con palabras dulcísimas, con entusiasmo divino y con una delicia que arrebató y encanta. Amadle, nos dice, Él es el más hermoso entre todos los hijos de los hombres; la gracia se ve derramada en sus labios. Es blanco y rubio, escogido entre millares. Su cabeza es oro finísimo y sus cabellos largos y espesos como los renuevos de la palma. Sus mejillas, como dos peras de plantas aromáticas; sus labios, lirios rosados que destilan mirra purísima. Sus manos, de oro... Es muy suave el acento de su voz, y todo Él es amabilísimo (1). — Expresiones son estas que revelan la pureza del amor, y cómo Él es inagotable fuente de dulzura para quien ama. Sólo se piensa en el amado, sólo por Él se suspira y de aquí esa actividad infatigable en procurar su gloria sin perdonar trabajo ni fatiga á fin de conseguirla.

¿De dónde viene al amor esa vitalidad tan vigorosa y esas energías que nos dejan sorprendidos, sus ardentísimas palabras y la dulzura inefable en que rebosa? Tiene ante sus ojos al

(1) Cant. V.

que es objeto de todos sus afectos, y piensa sin descanso en sus grandezas, en su hermosura divina y en los dulces atractivos con que le ha cautivado. A nuestra vez hagamos lo mismo respecto de Dios Nuestro Señor; pensemos siempre en Él; día y noche meditemos en su divina esencia, en su bondad incomparable, y sin duda alguna exclamaremos también como la Esposa: Es amabilísimo y es el objeto de todo nuestro amor. De esta suerte, siempre arderá en nuestras almas vivísima y hermosa la llama de su santa caridad, y el celo de su gloria animará toda nuestra vida.

Nuestro celo debe ser circunspecto y sólo así obtendremos los más brillantes resultados. Sucede no pocas veces, que al sentir sus ardores é inflamado todo nuestro corazón, se deja arrebatar de los sentimientos que tan profundamente lo conmueven y lo hace sin detenerse un instante, sin pensar en las dificultades y sin tratar de evitarlas, y resulta de aquí que no consigue en sus empresas un favorable resultado, y aun muchas veces sucede todo lo contrario á sus deseos.—Seamos circunspectos y prudentes, acordándonos que todas las cosas tienen su tiempo; esperemos con santa paciencia el momento oportuno; pidamos á Dios que nos inspire, que nos mande un rayo de su luz, y no emprendamos cosa alguna si antes no nos hemos dedicado á la oración. Es inútil, decía David, levantaros antes que venga la luz; levataos después que hayais reposado los que coméis el pan

del dolor (1). El inmenso dolor que oprime nuestras almas al ver ultrajada la divina gloria, nos impulsa con grandísima fuerza á reparar los daños que le ocasionan los pecados de los hombres; sin embargo, no hay que precipitarnos inconsideradamente; meditemos, pidamos el divino auxilio y trabajemos en seguida, que entonces Dios bendecirá nuestros trabajos. Cuidémos que la prudencia de que hablamos sea según el espíritu de Dios y no la otra que enerva nuestras fuerzas y nos hace descansar tranquilamente en una ociosidad funesta.

Nuestro celo debe ser constante, sin ceder á las dificultades que se le presenten. Dios querrá tal vez probar la sinceridad de nuestro amor, purificar nuestras intenciones y darnos un mérito más grande en todas nuestras obras, y por esto en repetidas ocasiones podemos decir estas palabras: Hemos trabajado toda la noche y nada se ha logrado (2), y así jamás tendremos que desfallecer, que Dios no dejará de premiar nuestros trabajos, y estos siempre serán agradables á Su Majestad; esta será nuestra dicha y el premio que debemos buscar en todas nuestras obras.—No dejemos que en tales circunstancias la tristeza ó el desaliento se apoderen de nosotros; mas, al contrario, siempre alegres y bendiciendo á Dios, sigamos trabajando hasta que caiga la tarde, hasta el fin de nuestra vida.

(1) Ps. CXXIV, 2.

(2) Luc. V, 5.

Á fin de alentarnos en todo lo que emprendiéremos por la gloria de Dios, pongamos los ojos en Jesucristo Nuestro Señor, que dijo de sí mismo: Yo he venido á poner fuego en la tierra, y qué he de querer sino que arda? Y luego añadió Su Majestad: Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado: ¡oh, y cómo traigo en prensa el corazón mientras no lo veo cumplido! (1). De esta suerte las obras de celo nos causan los sufrimientos de un verdadero martirio; mas estos, en vez de desalientos y tristezas, han de inspirarnos las más vivas y abrasadas ansias de trabajar por Dios Nuestro Señor.

Preciso es que todos trabajemos por la divina gloria y por la salvación de las almas: el sacerdote con el ministerio de la palabra y la dispensación de los sacramentos; con manifestarse en todas partes como verdadero ministro de Dios. El que ha sido llamado al ministerio de la Iglesia, dice San Pablo, dedíquese á su ministerio; el que tiene el don de enseñar, dedíquese á enseñar; el que ha recibido el don de exhortar, exhorte; el que reparte limosna, déla con sencillez; el que preside, sea con vigilancia; el que hace obras de misericordia, hágalas con apacibilidad y alegría. El amor sea sin fingimiento... No seáis descuidados en cumplir vuestro deber. Sed fervorosos de espíritu, acor-

(1) Luc. XII, 49, 50.

dándoos que al Señor es á quien servís... Sed sufridos en la tribulación y continuos en la oración; caritativos para aliviar las necesidades del prójimo, y estad prontos á ejercer la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen, bendecidles y no los maldigais. Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran, y estad siempre unidos en unos mismos sentimientos y deseos (1).

La mayor parte de lo que acabamos de decir, se refiere también á los simples fieles, y señala los verdaderos medios de que podemos servirnos á fin de conservar en nosotros siempre vivo y hermoso el celo por la divina gloria.

La salvación de las almas. Hagamos cuanto esté de nuestra parte por que todos los hombres se salven; así lo quiere Dios y así nos lo pide su divina gloria. Las almas que tanto costaron al Hijo de Dios, que derramó su sangre divina y murió por ellas, si se pierden le habrán de maldecir allá en la eternidad, y las amarguras y tormentos y la muerte de Jesús para ellas quedarán sin resultado, y esas almas gemirán sin esperanza ninguna en las llamas eternas del infierno. ¡Ay dolor! ¿Por qué no evitar cuanto esté de nuestra parte tantos ultrajes y blasfemias á Dios Nuestro Señor, y la ruina inconcebible de esas almas? ¡Oh, que nós abraze y consuma el celo de la gloria del Señor; que la

(1) XII, 7-16.

salvación de las almas sea nuestro gran pensamiento y el vivo deseo que anime toda nuestra vida! Así diremos con verdad que queremos arrojar sobre la tierra el fuego del amor divino, y que anhelamos con todo nuestro afecto la salvación de los hombres.

CAPÍTULO XXXIII



CAPÍTULO XXXIII

LA ACCIÓN DE GRACIAS

I

PAGO de estricta y sagrada justicia; desahogo de amorosa gratitud; armonía divina entre la bondad del Creador y el amor de la criatura, é inagotable fuente de gracias y misericordias: tal es la acción de gracias, que nos revela todos sus encantos y bellezas. Contemplémosla desde estos puntos de vista.

Dios ha obrado todas las cosas para su gloria; aun al impío, que reserva para el día tremendo (1); si, pues, nos ha criado; si conserva nuestra vida y nos colma de gracias, por todos sus dones tenemos que glorificarle; ¿de qué manera tenemos que hacerlo? Reconociéndole por primer principio de todo nuestro sér, y confe-

(1) Prov. XVI, 4.